

Capítulo 2: Izquierda, derecha o centro

Llegaron al cruce donde los caminos se dividían en tres, con un cartel de madera que indicaba varias direcciones. Furia no sabía leer, y estaba convencida de que sus dos acompañantes tampoco. Los observó atentamente.

Petaco llevaba el pellejo de vino en la mano izquierda, una mano grande como un plato. Tenía el rostro congestionado, la nariz abombada y de un perpetuo color rojo, los ojos pequeños y achinados, como si la luz del sol le hiriera en la retina. Una fina raya de cabello negro le surcaba el cráneo por el centro, desde lo alto de la frente hasta la nuca, dejando todo el resto totalmente pelado.

De no ser por el peinado y el hacha, Petaco parecería un tipo simpático y agradable, casi añorado. A Furia, en cambio, solo le parecía un borracho que miraba un cartel de madera como quien mira a un fantasma.

El músico fruncía el ceño, remarcando la blanca cicatriz que le atravesaba una poblada ceja. Tenía una cabellera negra poblada por un amasijo de trenzas sin orden ni lógica. Un nudo por cada muerto, les había explicado, pero a Furia le parecía algo exagerado. Había demasiados nudos en ese pelo sucio y graso. Se rascaba la ridícula perilla mientras miraba el cartel con... ¿interés?

– Tres Granjas –declaró Notas–. Garesha, Mandir y Seserah –los dos se le quedaron mirando con cara de no entender–. Es lo que pone, ¿no os enseñan a leer en vuestras tribus? Me lo esperaba de los Zulur que se pasan el día chupando savia y mirando a las nubes, pero de los Kaloshi... ¿En serio? ¡Qué decepción! Supongo que eso me convierte en el líder de este grupo.

Aquello pilló desprevenida a Furia, que no sabía si alegrarse o enfurecerse. El músico le sacaba de quicio. Se pasaba las horas cantando o silbando, y eso cuando no estaban sentados y sacaba el laúd. Notas era un idiota, pero un idiota que supiera leer le sería bastante útil. Paseó la lengua por sus labios y luego escogió sabiamente la vía de la paciencia y el autocontrol.

– Hay quien sabe leer en nuestra tribu. Guerreras tullidas, hombres enfermos, ancianos débiles... Todos aquellos que ya no pueden blandir una espada o que dejan de ser útiles para la caza. Esos son los que aprenden a leer y a escribir. El jefe dispone de ellos cuando desea, para que le lean lo que quiera o para escribirle el mensaje que mande.

– ¿Y cómo sabe el jefe que le están leyendo lo que pone en el papel? ¿Y cómo sabe el jefe que le han escrito el mensaje tal y como él lo ha dictado?

– ¡Ja! ¡Te ha pillado! –exclamó Petaco, justo antes de llevarse el odre a la boca.

– Porque un jefe infunde temor. Porque el que osa engañarle acaba siendo paté para los leones. Y porque si quiere, el jefe puede llamar a otras cien personas para comparar cualquier lectura o cualquier escrito. Cualquier idiota puede aprender a leer, y por muy lento que seas, el libro siempre está ahí, esperándote. Luchar es distinto, porque si no aprendes rápido, lo que te espera es la espada de tu adversario.

– Bella y astuta, que pena que seas una asesina fugitiva. Seguro que podías haberte tirado a media nobleza por estas...

El puño viajó a la velocidad del sonido para estamparse contra la desvergonzada boca de Notas y el impacto lo tiró al suelo, haciéndolo callar al instante. Petaco estalló en carcajadas y tuvo que escupir el vino picado que estaba bebiendo a placer.

– ¿Qué pasa? ¿Es que no te gustan los condes? Ese es el plan. Llegamos a algún condado rico, te acuestas con el señor y lo matas mientras duerme. Fácil y sencillo. –declaró Notas irguiéndose de nuevo.

– Ese será tu plan. Pero nadie te ha puesto al mando –le escupió en tono agrio.

Furia constató con desagrado que el puñetazo no parecía haberle dolido demasiado. Tan solo se pasó la lengua por los dientes para comprobar que estaban todos ahí y las manos al estuche del laúd que colgaba a su espalda.

– El conde es el que... *hip*... tiene mucho oro, ¿verdad? –hipó el grandullón con curiosidad.

– Así es Peta, así es –asintió Notas.

– ¡Entonces lo más seguro es que le presente a Turut! –al pronunciar su nombre, el hombretón levantó el hacha de doble filo como para mostrársela al cielo.

– Bueno, eso ya lo veremos. El oro no nos servirá de mucho si nos cortan las cabezas. Está bien, tomemos una decisión, ¿adónde desea ir la supuesta jefa iletrada?

Furia lo miró con odio, un odio cotidiano pero que le resultaba hasta agradable y llevadero. El mismo odio con el que miraba a los árboles o a los perros y que ocupaba todo su corazón. Ese odio con el que convivía desde hacía ya tres veranos.

– Mandir –decidió.

– Bien, por aquí –señaló Notas con una sonrisa ladina, guiándolos hacia el camino de la derecha.

Furia conocía bien esas sonrisas. Eran las sonrisas que los idiotas ponían cuando se salían con la suya. Las que ponían los timadores cuando timaban. El músico se llevó las manos a la nuca y se puso a silbar. Y entonces comprendió que no iban a Mandir. En ese momento decidió una cosa: aprendería a leer.